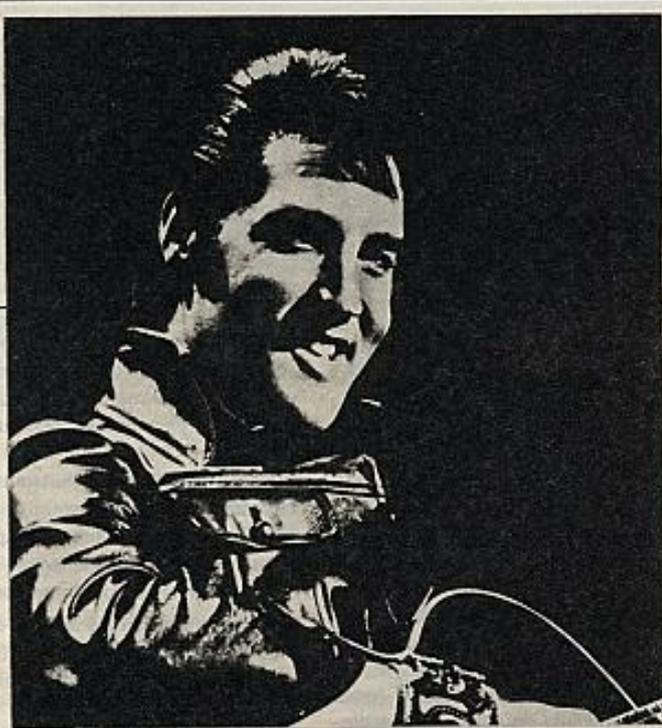


ELVIS PRESLEY: SIMBOLO Y SUBSTANCIA

DIEGO A. MANRIQUE



casi nadie se había enterado. Los negros seguían siendo los hombres invisibles descritos por Ralph Ellison y su música estaba rigurosamente segregada, sin acceso posible a los grandes medios de comunicación. Toda una muralla de tabúes y prejuicios erigida para mantener esos sonidos "obscenos y salvajes" encerrados dentro del "ghetto". Pero aquí llega Elvis Presley, puro WASP (blanco, anglosajón y protestante) usando como ariete los ritmos, los manierismos y hasta las mismas canciones de los intérpretes de "blues". Y como un nuevo flautista de Hamelin, arrastraba a todos los jóvenes cuidadosamente educados en el temor de Dios y el odio a los comunistas. Por la brecha, entraban otros monstruos:

Jerry Lee Lewis, Gene Vincent, Chuck Berry, Fats Domino y otros muchos. Cuando no eran negros de verdad —no del tipo domesticado, como Nat King Cole o Dinah Shore— eran "white trash", representantes del lumpemproletariado blanco sureño. La invasión de los nuevos bárbaros...

Sólo los observadores más perspicaces pudieron entender lo que eso significaba. Un radical negro como Eldridge Cleaver lo explica así en su "Alma encadenada":

"... así llegó Elvis, rasgueando una extraña guitarra y meneando su cola a lo largo del continente, apoderándose de la fama y la fortuna mientras arrasaba todo a su paso (...) sembrando semillas de un nuevo ritmo y un nuevo estilo en

EN el comienzo, allí estaba Elvis. En los días sombríos de la guerra fría, cuando era imposible imaginar la rebelión juvenil, Berkeley, mayo del 68, los "hippies", la contracultura, los indios metropolitanos y otros terremotos grandes y pequeños que conmovieron la estructura social desde la base de la pirámide, allí estaba Elvis. Para los adultos, era una incongruencia, un absurdo, un extravagante desatino de la máquina del "showbiz". Para millones de adolescentes, era la figura que esperaban sin ellos saberlo, la concreción de aquel tímido sentimiento de identificación que les había turbado al contemplar en la pantalla a Marlon Brando y James Dean. Elvis era algo más que un producto frío, distante e introvertido del Actor's Studio. Era una imagen caliente, descarada, tan provocadora por su irreverencia como por su sensualidad primitiva.

Para los que no lo vivimos, es necesario trasplantarnos a un mundo polarizado entre Eisenhower y Stalin, reducido a un terror mudo por el hongo atómico de Hiroshima, a fin de poder entender lo que representó la irrupción de Elvis Presley. La música popular estaba dominada por los "crooners" de origen italiano —Frank Sinatra, Tony Bennett, Dean Martin, Perry Como— que daban voz a las canciones creadas en las oficinas de Tin Pan Alley, llenas de sentimientos falsificados, romanticismo de la peor estofa y violines almidarados. Y de repente, allí salía un gamberro gritando aquello de:

*"Me decían que tenías clase
Bien, era una mentira
No eres más que UNA PERRA
DE CAZA"*

Claro, unos años antes también lo había cantado una negra enorme llamada Big Mama Thornton, pero

Un cantante americano

De joven rebelde a estrella del "entertainment" norteamericano. Si a Elvis Presley se lo llegan a decir al principio, probablemente no se lo hubiera creído.

Como muchos de sus compañeros de Olimpo musical, Elvis fue el hombre oportuno en el momento oportuno. Cuando apareció en la escena tenía lo que el público joven demandaba: imagen. No es extraña la insistencia que todos los comentaristas que se han acercado al "Rey" han hecho siempre en sus indumentarias, posturas y movimientos. Tampoco es raro que lo que motivara el rechazo de Elvis por los guardianes de la moral pública fuese precisamente su imagen. Si en los cuarenta, en una sociedad dominada por la radio, Sinatra desató histerias siendo "La Voz", en los cincuenta, con la televisión como medio predominante, Elvis las desataría mucho mayores siendo "The Pelvis".

Ahora que Elvis ha muerto, los medios nos vuelven a bombardear con su imagen; apelan también a la nostalgia, ese mecanismo al que se recurre para ensalzar las más variadas cosas y que en muchas ocasiones produce el efecto contrario de trivializar persistencias objetivamente valiosas. No me parece mal; obrar de otro modo sería marginar un elemento importante —acaso el más importante— en la dimensión de Elvis en cuanto mito creado precisamente por los medios. Sin embargo, creo que no deben ser olvidadas algunas cuestiones que afectan a otra dimensión de Elvis, a su dimensión de cantante.

Me apresuro a decir la primera: Elvis Presley, en cuanto simple cantante, ha sido predominantemente tradicional, ha estado siempre afinado en los ralces que, durante el medio siglo que le precedió, habían ido generando el lenguaje musical afroamericano en el cual se expresaron artistas tan dispares como George Gershwin y Billie Holiday.

Dentro de ese lenguaje, Elvis Presley ha sido una figura excepcional. Si atractivos fueron sus comienzos, en los que destacaba por su espontaneidad, por la frescura que dimanaba de sus interpretaciones y que hacía que su música pareciera completamente nueva, no lo resultaron menos las sucesivas etapas en que se dedicó a estandarizar esa música mientras se volvía un intérprete consagrado y, según los estudiosos de su repercusión sociológica, un traidor a los ideales que toda una generación había querido encarnar en él. En estas épocas el Presley maduro y triunfador es, como cantante, una lección de maestría y profesionalidad: en una canción considerada por la mayoría de sus exégetas como uno de sus muchos errores de repertorio, "It's Now Or Never" —versión americana de "O Sole Mio"—, su intervención es una auténtica demostración de facultades vocales —¡ese increíble agudo final!—; de su excepcional sentido del ritmo da buena prueba la facilidad con que en "His Latest Flame" —canción que en cierto modo supuso una vuelta atrás— pasa del Bo Diddley de la estrofa principal al "rock" rápido del puente. Ya en las canciones de los últimos años resulta asombroso hasta qué punto es capaz de adecuar la voz al repertorio y, pese a ello, seguir siendo él mismo. Elvis Presley, en suma, empezó siendo el espejo de los confusos deseos revolucionarios de una juventud que le encumbró como encumbró a Marlon Brando o a James Dean. El paso de los años y sus ansias de permanencia en primera línea le fueron convirtiendo en ese modelo de profesionalismo que tiene como paradigma al cantante americano. Lo cual no resulta en absoluto desdeñable.

De joven rebelde a estrella del "entertainment" norteamericano. Si a Elvis Presley se lo llegan a decir al principio, seguro que le hubiera gustado. ■
JOSE RAMON RUBIO.

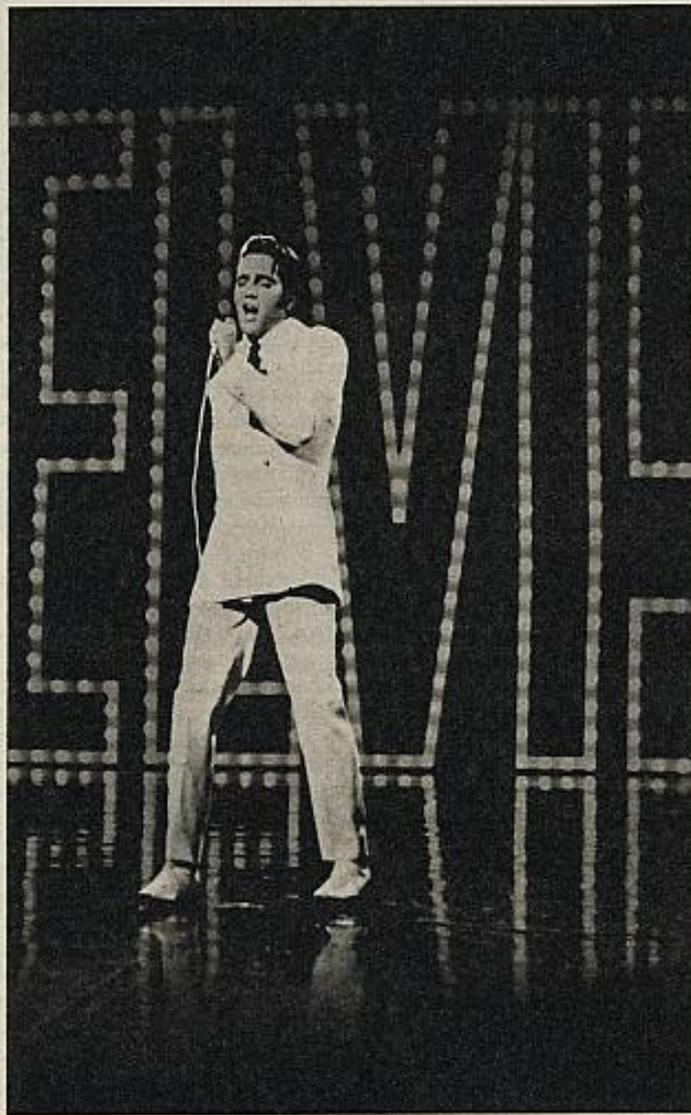
las almas blancas de la juventud blanca de América, cuyo hambre interior, cuya necesidad ya no se quedaba satisfecha con los esépticos zapatos blancos y las canciones aún más blancas de Pat Boone. 'Puedes hacer cualquier cosa', cantaba Elvis a los zapatitos blancos de Pat Boone, 'pero ¡no pises mis zapatos de gamuza azul!'.

De forma más difusa, las gentes bienpensantes también comprendieron que aquello era una amenaza. La "Encyclopaedia Britannica" describió su música como "salvajismo insistente". El "New York Herald Tribune" le definió como "un entertainer joven, vulgar e inmaginablemente falto de talento". "Look" dijo que su ascensión a la popularidad era "una pesadilla de mal gusto". El obispo católico de Boston pidió que se prohibiera la radiación de su música. "Newsweek" comparó su apariencia exterior a la de "un traficante de drogas, un presidiario o una culebra mortífera". Los cazadores de brujas vieron en él una conspiración para "desgastar los fundamentos de nuestro gran país", asegurando que detrás del "rock and roll" estaba "la mano de los bolcheviques". Y así, ad infinitum.

Pero ya era imposible detenerle: había fuertes intereses económicos impulsando el "rock and roll". No sólo los de la industria fonográfica, ya que también se habían subido al carro las cadenas de televisión, los estudios de Hollywood y la prensa. Elvis era un nuevo tipo de ídolo, que generaba una devoción histérica y de la noche a la mañana surgió un nuevo mercado para satisfacer la necesidad de conocer su pasado, sus preferencias, su vida cotidiana, sus amores y todo lo demás. Y detrás de la prensa y las revistas juveniles, saltaron las películas con Elvis como protagonista, los "souvenirs" con su imagen grabada, los clubs de "fans" y todos los inventos en los que se podía ganar dinero. Por eso, Nik Cohn afirma cínicamente en su historia del "rock" que "la gran aportación de Elvis fue evidenciar el poder económico de los 'teenagers'".

Pero hay mucho más. Con anterioridad a 1955, los jóvenes carecían de una música que reflejara sus necesidades y preocupaciones, esa inquietud cuya única salida estaba en la violencia más o menos gratuita (en esta época surge la figura jurídica y sociológica del "delincuente juvenil"). El horror de las armas nucleares, la sensación de vivir al borde de la tercera guerra mundial, habían alterado el sistema de valores de todo el mundo occi-

dental. Una serie de esquemas, de ideales, de formas de vivir quedaban obsoletos, ridículos, inaplicables. Las generaciones de posguerra adoptaban un tímido hedonismo, un inconformismo nebuloso que les diferenciaban de sus padres, cuyas vidas grises rechazaban. Elvis Presley fue el profeta que de forma instintiva logró expresar la naciente rebeldía de sus coetáneos. No es que articulara una carta de agravios o un programa de reforma o una llamada a la revolución: su impacto fue a nivel sensorial, con



una música irresistible y una apariencia externa —patillas, pelo engomado, trajes chillones— que trastornaron primero a los jóvenes norteamericanos y posteriormente a los del llamado "mundo libre" (su penetración en los países socialistas y en naciones neofascistas como España o Portugal fue mucho menor y hubo que esperar a los Beatles para que se aglutinaran las masas juveniles). Actuando simul-

táneamente —pero a niveles diferentes— con los escritores "beat", Elvis fue la personificación del "rock and roll", que resultó ser el agente catalizador que inició una reacción que concluyó en los años sesenta con la explosión de las formas de vida englobadas bajo el apelativo de "contracultura". Para entonces, ya tenía sentido hablar de un Partido Internacional de la Juventud, de un "underground" a escala mundial, de una clase nueva no prevista por Marx.

Naturalmente, esto no entraba

ca. Antes de que acabaran los cincuenta, ya había editado discos de canciones de Navidad y de himnos religiosos, se había prestado a los manejos de la industria del cine y había ingresado alegremente en el US Army, que le destinó a una división estacionada en Alemania. A la vuelta del servicio militar, reapareció en un especial de televisión, actuando mano a mano con Frank Sinatra...

Luego llegó el eclipse de los años sesenta, cuando declinó las ofertas para actuar y se contentó con pasearse por una larga lista de películas de serie B que echaron por tierra su reputación..., aunque dieran pingües beneficios. Y cuando le creíamos listo para el pabellón geriátrico, su vuelta en 1969, triunfando apoteósicamente en la ciudad sagrada del sueño americano: Las Vegas.

Resulta extraordinario comprobar cómo Elvis mantuvo su atractivo a lo largo de veintidós años, a pesar de renunciar al "rock and roll" e inclinarse hacia las baladas más trasnochadas, a pesar de su retiro y su desprecio por el público. En los años setenta, recuperó su popularidad mediante actuaciones y algunos discos interesantes. Su magnetismo no había disminuido, pero ya no era objeto de controversias, era un mito propiedad de la mayoría silenciosa.

Esto es algo que el difunto Phil Ochs vio con notable lucidez. En 1970, cuando cerró su etapa de cantante politizado apareciendo en un escenario neoyorquino ataviado con un traje de lamé dorado como el que Elvis usaba quince años antes, Ochs se enfrentó con la hostilidad de sus seguidores declarando que "la única esperanza para América es una revolución y la única esperanza para una revolución en América es que Elvis Presley se transforme en nuestro 'Che' Guevara... hasta que no comprendamos y respetemos la sensibilidad de Presley y su público, no podremos ganarlos para nuestra causa". Le pitaron y le insultaron; allí terminó su carrera.

Phil Ochs se suicidó el pasado año, frustrado por no poder llegar a ser el Elvis rojo que USA necesitaba. Elvis aguantó unos cuantos meses más, pero ya era claramente una estrella crepuscular, que pasaba su decadencia física y espiritual por los escenarios y las páginas de las revistas del corazón. Su reputación estaba segura: era el rey del "rock and roll", aquella música carnosa y estridente que cambió un poco nuestro mundo. Así le recordaremos. ■

dentro de los cálculos de Elvis, que siempre se mantuvo dentro de las estrictas fronteras del mundo del espectáculo, negándose a hacer declaraciones políticas —en realidad, siempre se mantuvo alejado de entrevistadores y periodistas— o a tomar partido por alguna causa (aunque recibió ofertas tanto de los republicanos como de los demócratas sureños). De hecho, la rapidez con que fue integrado es sintomáti-